

Demasiados tangos

Entre los pocos que asistíamos al funeral, sólo pude reconocer a Carlos. Los demás, una docena mal contada, se distribuían por los bancos de la iglesia del Rosario como si formasen un grupo de sospechosos a punto de pasar una rueda de reconocimiento. Se vigilaban con recelo o timidez, y ocupaban el tiempo en contemplar los pequeños cuadros con las escenas del vía crucis o en protegerse del frío con gestos excesivos que enseguida corregían para abandonarse a la quietud. Nadie, si exceptuamos a Carlos, deseaba que aquello durase mucho: sólo lo imprescindible para dar tierra al cadáver de Víctor y así ganar antes de la noche alguno de los pueblos del valle por donde discurría la carretera general. Carlos, por el contrario, parecía no haber abandonado aquel papel en que, ocho años atrás, le conocí. Era el único que miraba con desparpajo a su alrededor, alzando y alargando el mentón como si le molestase el cuello de una camisa dos tallas por debajo de su medida. Se acercó al altar para recibir alguna indicación del celebrante y, al regresar a su sitio en la primera fila de bancos, no dudó en cruzar el pasillo central con una soltura inapropiada, para encontrarse conmigo, tomarme del brazo y conducirme a su lado, a menos de un metro del ataúd. Igual que antaño, su modo de comportarse excluía el pedir conformidad cuando actuaba sobre el resto. Decidía por todos, sin satisfacción, con naturalidad.

—Creí que no te llegaría el telegrama —susurró contra las solapas de mi abrigo, envolviéndome con el acre aliento del que ha dormido mal—. Espero que no te hayas sentido en la obligación de venir. Estos de aquí atrás han de ser gentuza de la que Víctor conoció al final.

Se miró las puntas de los zapatos y guardó las manos en los bolsillos de su gabardina. Afuera, en el prado que separaba la iglesia del cementerio, se oía la discusión aguda de unos niños sobre la voz apaciguadora de un anciano.

—¿Sabes? —Carlos miraba ahora hacia algún punto del retablo— Si no llego a ocuparme de todo, tu amigo se queda sin enterrar.

Todos los compañeros del Instituto —o Carlos en nombre de todos— habían decidido en algún momento que Víctor y yo éramos amigos. La amistad se determinaba por la frecuencia del trato, no por cuestiones como la lealtad o las afinidades. Bastó que yo fuese el encargado de mostrarle a Víctor las aulas, el laboratorio, todo aquel sórdido edificio —plantado como una rotunda equivocación en mitad de un barrizal—, para que los demás nos emparejasen por el resto del curso. A nadie le interesaba —la mayoría consumía las primeras horas de asueto en alimentar la esperanza de un traslado y las restantes en rumiar la posibilidad de la decepción— la verdadera índole de nuestras conversaciones, que si en algo se parecían a las conversaciones de dos amigos se parecerían en lo que la amistad pueda tener de continuo desencuentro.

Víctor quiso dejarlo claro durante nuestra primera comida, tras la visita al Instituto. No recuerdo quién de los dos decidió que fuésemos juntos a comer; quizás él, para evitar que yo cumpliera mi amenaza de enseñarle el pueblo. Mientras bajábamos al restaurante de la estación —o, más bien, de lo que quedaba de la estación de ferrocarril, clausurada precipitadamente por la Compañía Minera en el momento en que los contables comenzaron a murmurar la palabra crisis—, no hizo otra oca que asentir levemente a mis explicaciones sobre horarios, reuniones de profesores y servicios de hotel en el pueblo, mucho más interesado en escrutar lo que pudiera esconderse por encima de la finísima lámina azul del cielo de septiembre, como si ya adivinase que allá arriba acechaba un invierno aplastante, dispuesto a derramar a manos llenas todos los ingredientes necesarios para que en seis meses sólo conociésemos el desamparo. Nos sentamos junto al gigantesco aparador, repleto de cacharros, al lado del ventanal que se abría sobre la vega del río, aún joven. Solos en el local, fuimos dejándonos llevar por la fortísima comida y permitiendo que el vino ácido y espeso de las escasas viñas de la zona preludiera la necesidad de la siesta. Cuando pedí postre para los dos —en aquel lugar no hubiesen tolerado otro remate que no fuera leche frita, con un dedal de anís—, Víctor comenzó a hablar.

—Quiero decirte una cosa: he venido aquí buscando una decepción —ni siquiera me miró al decirlo; siguió comiendo como si sus palabras saliesen solas, sin emoción alguna— y ése es mi único objetivo en este año. No me refiero a un pequeño contratiempo emocional: he venido buscando una decepción definitiva, algo que me deje para los restos —sonrió con piadosa dulzura—. Detesto el compañerismo, la amistad y todas esas banalidades. Un invierno como el de aquí es el paisaje que necesito para mi propósito. Una decepción que se extienda a lo largo de un invierno sin clemencia —siguió con la mano la línea que trazaban sus palabras—. Es de las pocas cosas que nos quedan, ¿no lo crees así?

Se instaló en el Ultramar, en la habitación del primer piso que daba al patio con el álamo. Tras finalizar las clases de la tarde, porque a la hora del almuerzo nunca se dejaba ver, tomábamos juntos alguna copa en los bajos del Casino. Pero no siempre, como si temiese que aquel tácito acuerdo de charlar un rato pudiera convertirse en una costumbre cuyo quebrantamiento, si algún día llegaba, exigiese una explicación que no parecía dispuesto a dar. Así, en algunas ocasiones no lo veía hasta la noche, cuando, vuelto de algún viaje de los alrededores, dejaba su coche frente al hotel y saludaba desde lejos a la tertulia que manteníamos los de Letras en el bar de Lucio.

—Nos saluda tu amigo —decía Carlos agitando la mano—. Ahí va, solitario como los viudos. El invierno lo hará entrar en razón.

Fue a primeros de noviembre, pero ya después de Difuntos.

Poco antes de las ocho, cubierto con un abrigo de paño negro inglés y cerrado el cuello con una bufanda de cachemir marrón pálido, Víctor apareció por mi casa. Sonriendo, señaló a sus espaldas:

—Ya tengo el invierno. Me falta sólo la decepción.

Aceptó un café muy cargado y se sentó a la mesa frente a mí.

—Te he traído un par de cintas con canciones. Escúchalas cuando puedas. El invierno —se volvió hacia la ventana, como temiendo que una confidencia pudiese parecer

más íntima dicha de frente— me parece una estación perfecta, implacable. Parecen unos meses dispuestos para suspender todas las esperanzas.

—¿También la esperanza de la decepción? —bromeé.

—No. La decepción se confirma sin necesidad de perder el tiempo en esperas inútiles —se volvió hacia mí tapando la fría luz de la ventana—. Debíamos haberlo aprendido en la infancia, pero ya sabes cómo es esto de la educación.

Cuando salimos a la calle, pude ver la primera capa de nieve —aún tímida, pero tenaz como el huésped que viene a quedarse— sobre el pueblo. Víctor dio unas largas zancadas y separó los brazos para abarcar el aire helado. Algo iba a decirle cuando le alcancé, pero me detuvo su sonrisa de enorme tristeza: supe en ese mismo instante que estaba viendo sonreír a un muerto.

Llegué al Ultramar hacia las ocho, a la hora en que los habituales comenzaban en el salón las partidas de dominó. En uno de los veladores, Víctor parecía esperarme: se había hecho traer una botella de Johnnie Walker, dos vasos y una hielera historiada con extravagantes motivos mitológicos. Un tanto bebido, componía la imagen del caballero en reposo que tan bien cuadraba con aquel hotel, en donde cualquier innovación era recibida con cerradas amenazas de abandono por parte de unos huéspedes para quienes la instalación de agua caliente en las habitaciones —con la subsiguientes renuncia al rito de solicitar hora para el baño, con agua hervida, en una de las tres bañeras de que disponía el hotel— constituiría una afrenta personal. Me serví una medida de whisky y dejé sobre la mesa las dos cintas.

—Tangos —dijo Víctor mirándolas—. Deberían prohibir que los profesores, y, sobre todo, los profesores destinados en pueblos de montaña, escuchasen en horas de ocio otra cosa que tangos —le brillaban los ojos como a quien posee un secreto—. Toda una escuela del desastre. El amor contrariado, la vida ingrata, el alcohol. Te entristecen cuando lo deseas, lo mismo que te alegran cuando no quieres sentirte un bicho, y una vez que los oyes ya no puedes llamarte a engaño: estás advertido para el momento del naufragio.

Aquella noche —la primera noche de un invierno rotundo que en nada esperaba la confirmación del calendario para manifestarse—, bebimos hasta marcar para siempre nuestro desencuentro. El discurso de Víctor era el discurso del fracaso de la estética como desesperación:

—Vestirse adecuadamente —dijo, cuando sólo nuestras sillas faltaban por recoger sobre los veladores— para que el fin nos encuentre en estado de revista. Oír tangos hasta olvidar sus letras. ¿No lo sabías? Al principio, el tango sólo fue una música, no un verbo. ¡Ah, si pudiésemos volver a la infancia, para aprender de verdad a fracasar cuanto antes!

En efecto, ya el invierno se había cerrado sobre nosotros. Sólo los más arriesgados —capitaneados por un Carlos a quien la nieve excitaba aún más en sus deseos de organizador— se aventuraban los fines de semana hasta el inicio de El Bierzo en un Land Rover amarillo. Regresaban con la felicidad del explorador, agotados tras haber acompañado el descenso del Sil para emborracharse nada más superar los montes de Toreno. Se trataba de huir de la nieve, de una diosa blanca y perezosa, indolente a